

2 de julio de 2021 - Viernes de la 13ª semana del tiempo ordinario

Gen 23:1-4, 19; 24:1-8, 62-67; Mt 9:9-13

### Homilía

En su respuesta a los fariseos que se escandalizaban de que comiera con recaudadores de impuestos y pecadores, Jesús cita explícita y literalmente una palabra que el profeta Oseas había puesto en boca de Dios: "Quiero amor, no sacrificios, conocimiento de Dios, más que holocaustos". "(Oseas 6:6).

Reducir la alianza con Dios a un contrato bilateral moralista había sido una de las tentaciones más fuertes del pueblo de Israel. La relación con Dios se reducía fácilmente a una serie de gestos rituales por los que se compraba la buena gracia de Dios, y la religión tenía poco que ver con la práctica de la justicia y aún menos con el amor y la misericordia. Aunque los profetas, especialmente Oseas, habían hablado en contra de esta actitud, era exactamente la de los fariseos que veían a Jesús comer con Mateo y los otros recaudadores de impuestos.

La comunidad cristiana siempre ha estado sometida a la misma tentación. Tal vez sea una tentación particular de los que quieren ser y llamarse "religiosos". Suponemos fácilmente que una vez que hemos sido fieles a todas las ceremonias y observancias que nos prescribe la ley de la Iglesia o nuestras propias Reglas, nos hemos ganado algún derecho a la salvación. Una vez más, Jesús viene a recordarnos que todas estas prácticas no tienen otra finalidad que la de expresar nuestro amor a Dios, un amor que no puede existir si no se encarna en el amor al prójimo; y que si este amor no existe, todas nuestras observancias y ritos son vanos y vacíos. El Señor no lo quiere.

El descubrimiento del amor gratuito de Dios es siempre la llamada a la conversión. La descripción de la llamada y la conversión de Mateo en el breve relato que acabamos de leer es grandiosamente sencilla. Mateo está sentado. Es, de hecho, un hombre bien establecido. Tiene un trabajo que le aporta riqueza, bienestar material y poder, aunque le haga ser considerado un pecador por los fariseos. Jesús no le dio un largo discurso, ni le hizo largas demostraciones. Simplemente le dice, de pasada: "Sígueme". Y lo extraordinario es que este hombre, "sentado" y bien acomodado, "se levanta" y le sigue, ciertamente sin saber a dónde va ni a dónde le llevará.

Un poco más tarde, "mientras Jesús estaba sentado a la mesa en su casa", muchos recaudadores de impuestos y pecadores vienen a sentarse a la mesa con Él y sus discípulos. En el Evangelio de Mateo esta expresión "en casa" suele significar la casa de Jesús y sus discípulos.

En un relato paralelo en Lucas, donde el publicano se llama Leví, es Leví quien da un banquete; pero no es seguro que Leví y Mateo sean la misma persona). Además, no se dice ni se da a entender que todos estos publicanos y pecadores se convirtieran, como Mateo, y se hicieran discípulos de Jesús. No, simplemente están allí y Jesús no tiene ningún problema en compartir una comida con ellos. De esta manera, Jesús muestra que rompe todas las barreras que la gente ha establecido entre ellos. Y para subrayar el hecho de que todas estas barreras están hechas por el hombre y no por Dios, manda a los fariseos a la escuela: "Id y aprended lo que significa esta palabra: 'Misericordia quiero, no sacrificios'".

Siempre necesitamos volver a escuchar esta lección de Jesús, tanto individual como colectivamente. Porque siempre existe la tentación de construir un cordón de seguridad a nuestro alrededor para separarnos de todos aquellos que consideramos inferiores o "menos buenos" por sus ideas, su religión, su cultura o simplemente su profesión.

Tengamos cuidado de no desvincularnos de aquellos a los que Jesús vino a llamar.

Armand VEILLEUX